



RÓNICAS DEL REDUI- VO CABALLERO DON GIL DE TORTAXADA, VEEDOR MA- YOR DESTOS REYNOS Y LOS FRONTEROS

DE LOS SAXONINDIOS Y SU SATANICA
EMPRESA DE PONER EL PIE
DO NO DISPUSO DIOS QUE FUERA PUESTO

DOSEIDOS de soberbia demoníaca, aquestos saxo-
nindios (1) que hasta agora venido empleando ha-
bia sus caudales y potencias en destruir el poder
de los paganos, hanse, digo, dado a querer habitar
los espacios do sólo las canoras aves y páxaros
voladores señalada tienen casa del Altísimo, que todo lo go-
bierna e lo previene, y ello ha de les traer el congruo castigo
que ya se está viendo. Puesto que han el arte navegando aires,
ha comenzado el dicho arte a tener goteras de los cielos, a se
descabalar sus maquinas y artificios y agora han tenido que
mandar artesanos que tienten de lo arreglar y componer e ya
veremos en que para todo aquesto de tanta confusión y osa-
día e desvergüenza y arrogancia.

Porque pienso que hay pueblos que pueden osar cual-
quiera cosa, porque creen en el verdadero Dios y El les toma
cualesquiera cosa que hagan, aún la más osada y nunca vista,
como servicio que se le hace o se le intenta. Y viene aquesto
a que digo yo sí la hispana gente, pecando de soberbia
fundada, por ella, y no otra, complido há las más altas em-
presas que imaginó imaginación humana, hubiera ingeniado
esa cuasi blasfemia de habitar los cielos, El, a buen seguro,
los hubiera mirado con benevolencia y aún, en los momentos
rudos, diera el apoyo que hase merecido España por ser
la primera en la defensa de la Sancta Religión.

Y no pienso que éste sea el caso y circunstancia de
aquestos saxonindios que, cierto es, van a abaxar
el poder de los infieles y paganos más no son como
caballeros cristianos ganosos de que se convier-
tan de su error, sino que van y facen como el mes-
mo Viejo de la Montaña de que Marco Polo habla sahu-
mándose la entraña y bofe con yerbas mágicas y pagando
coimas y doncelleces a precios no usados. Y aquesto per-
donarse podría sí, a mayor abundamiento, los dichos saxo-
nindios coidaran de dexar a salvo su honor y honra de
sus esposas recudiendo a los medios y artificios que de
tiempo se conocen y emplean en tal salvaguarda, a saber,
los llamados cintos de castidad y escudos de honor, sal-
vavirgos y defiendevirtudes. Mas, Dios sea loado, salen la
lid y dexan, pecadores dellos, confiados a ellas mismas la
defensa del su honor, siendo como son las mugeres de flaco
ánimo. Cuando lo que se ha de cumplir es apretalles el
dicho cinto, lo ajustar y cerrallo luego de tal suerte que
no cerrallero haya que lo quiebre. Y aún hay más: cierto
artilugio que, con unas cuchillas que aprestadas a tal fin
están, cortan y cercenan lo suyo al desflorador intentado
y sirve de temeroso ensiemplo a los que luego trataran de
releitar. Y desto se cuenta cómo cierto chambelán cuyo señor
se fue la Cruzada, cuando el dicho señor tornó halló que se
meaba las rodillas y, para no hacerlo, tenía que cumplir su
natura en cocillitas como baja muger. Visto que vido tal,
proveyó que se le cortara la cabeza por no parecer de
caballero mear tan homillada y torpemente.

Y pienso que aquestos saxonindios, si hubieran usado tal
cautela, podrían estar ciertos de su honra y Dios, viéndolos
con honor, les daría al apoyo que agora, si no negalles, al
menos no les presta, ca como dixo el Padre de la Iglesia:
Virginitas puellarum honor et vis
reipublicae est.

(1) Saxonindio. Dícese de los saxones y
anglos idos a las Indias Occidentales y allí
asentados.

Don Gil de Tortaxada
veedor mayor

